

LA VIEJA ALIANZA

I

ESTUDIO el futuro,
lo leo en compañía de la vida, nuestra novia
perpetua,
la repentina doncella que nos dispara en plena
frente
sus balas de polen
y que hace crecer los resecos tallos
que sostienen al flamenco.

La vida siempre está en medio, como un frutero
ardiente
o una fuente circundada por una canción de niñas.
No a la diestra, tampoco a la siniestra,
sino en el centro, en el zócalo destellante de
negror,
en la impávida pupila más grande que plataforma
de obsidiana.

He visto a la vida sentar en sus rodillas al jardín
y acariciarlo;
la he visto detenerse como un cocuyo de eléctrica
clorofila en las pestañas,
temblar en lo alto, desangrarse sin fin
como el sol por sus doradas venas.
Sí, la he visto mil veces enloquecida de abundancia
cuando el sueño estampa sus caprichos en la pared
inmaculada,
cuando sin previo aviso el puñado de sangre se
vuelve una manzana
y las aguas marinas se tornan agua simple.

Pero yo no me deslumbro, leo el futuro
en pechos abiertos como libros;
adiestro mi mirada para usarla una sola vez:
quizá para cuando pasen cerca de mí
las jóvenes cuyos pechos maduraron en tres días,
las dulces jóvenes
recién embarazadas de flores y presentimientos.
No me impaciento, no me desespero;
a su tiempo vendrá la lluvia
que canta en su órgano de miles de tubos
transparentes.
A su tiempo, uno de estos días,
(apenas pueda caminar la hortensia bajo su
enjambre de lunas)
nos serán presentadas generosas águilas
que se desprenden de sus alas para hacer su nido.

II

YA ES mañana amigos.
No desdeñéis la vida que retira de vuestras
plantas

grasientos y mugrosos tablones
para ofrecer luego un puente de turquesa.
No la desdeñéis amigos. Antes de hacerlo
mirad al que perdió su resplandor de niño;
a mí que no pude encerrar la luz en roperos de
nieve,
ni anudar mis sábanas para escapar de la cárcel.
Miradme inmóvil bajo el abrazo de la ceiba,
con las muñecas sangrantes y esposadas con
helechos,
gimiendo bajo la hiedra, mi verde camisa de
fuerza.

Sin embargo, mi padre celestial me defendió
cuando parpadeaba entre los huecos del muro
como un negrito de feria
acribillado por la glacial puntería de los
circunstantes.
Él limpió mis heridas con una pequeña hélice de
seda
y ya no fue mi cáliz tan grande como un cráter.

III

DIOS QUE estás en el sol únicamente,
que prendes en el vasto cojinetete planetario
las verdes agujas de la hierba; Tú el más bueno,
Tú el poderoso que abres la puerta a la bailarina
de alas rotas:
levanta a mis hermanos que tendidos en hileras
trepidan como durmientes de vía bajo el óseo
convoy de la muerte.
Ven tú en persona y cuelga del naranjo redondos
faroles amarillos,
ilumina con tu sombra la tierra toda,
vuélvela un astro de anís.

¡Amigos, si supierais lo que la vida os quiere
todavía!

Ella os embarca en seductoras barquillas de helio
para que veáis más de cerca cómo reina el sol
y cómo se ajusta su corona de planetas.
Os da la flor de nochebuena que toma con sus
sangrantes dedos
los frutos que nadie alcanza,
se desliza con el rocío por la delicada rampa de las
cabelleras,
os regala centellas que se sumergen como anguilas
de oro
en los acuarios desiertos.

Por ella, los ancianos oyen un recuerdo que les
endereza el torso.

Los niños nada oyen, están felices:
lo que su corazón no oiga crecer,
no crecerá ni un solo palmo.